

PARA intentar comprender más adecuadamente el alcance de la interrelación existente entre el orden económico, político, militar y nuclear, según se desenvuelven y entrecruzan hoy en el escenario internacional, creo que no está de más anotar algunos de los hechos más sustantivos observables en la naturaleza del proceso actual de la crisis en la acumulación mundial del capital, y en relación con los requerimientos que se plantean en el conjunto de reajustes sectoriales y productivos que conlleva lo que se está ya llamando extensivamente como nuevo patrón de acumulación en la división internacional del trabajo (DIT). Dicho nuevo patrón en la DIT supone fundamentalmente, desde la óptica de la necesaria expansión de la reproducción ampliada del capital, dos exigencias básicas:

I) la renovación del capital fijo, a través de un nuevo aporte tecnológico básico;

II) y el aumento con ello de la productividad del trabajo.

Esto, y no otra cosa, es lo que se denomina el necesario «redespigue industrial», que al fin y al cabo no viene a reflejar sino los resultados de la creciente exaheración de la competencia monopolística, en el estadio de extrema concentración y centralización de capitales que conocemos hoy, y que, a partir del control de los sectores básicos de la economía mundial por parte de las grandes empresas transnacionales, refutan ampliamente cualquier denominación de «libre mercado» para el proceso actual de la acumulación mundial del capital (AMC), por mucho que los conservadores, liberales y alguna comparsa adicional, vengan a insistirnos en ello.

En esta coyuntura es preciso recordar, de un lado, la posición más frágil y rezagada de la URSS, en relación a los EE.UU de Norteamérica, respecto a la tecnología industrial disponible para el desarrollo de los procesos productivos básicos.

Y asimismo, del otro lado, es también conocido que mientras Europa necesita buscar en el exterior hasta el 60 por ciento de su consumo interior de petróleo, lo que obtiene básicamente del Cercano Oriente; USA sólo precisa importar del exterior un 20 por ciento de sus necesidades totales petroleras, suministro que efectúa esencialmente de Canadá y México, y subsidiariamente de Nigeria.

Resulta así claro, en relación con este segundo aspecto que, en la actual coyuntura de alza permanente de pre-



Misil «Cruiser Tomahawk» norteamericano.

EL REARME NUCLEAR

F. ALBURQUERQUE

cios energéticos, USA goza de una ventaja comparativa evidente frente a sus más importantes competidores comerciales europeos y japoneses, ventaja que le está suponiendo la posibilidad de detener el paulatino debilitamiento de sectores del capital «nacional» industrial norteamericano.

Como también es sabido, desde el inicio de los años 60 la Comunidad Económica Europea (CEE) pasó a situarse como la primera potencia comercial mundial; y entre 1970 y 1980 las empresas norteamericanas perdían hasta un 23 por ciento de su participación en el mercado mundial, a lo que había que agregar la pérdida del 16 por ciento ya cedida en la década inmediatamente anterior.

Además, el volumen de las exportaciones desde Alemania y Japón hacia territorio USA alcanzaban ya en 1980 los 194 y 124.000 millones de dólares respectivamente; y esto suponía, por ejemplo, que la cobertura de los bienes de consumo electrónicos haya pasado en USA de ser de un 95 por ciento en 1960 a solamente un 49 por ciento en 1980.

Obviamente son los sectores de capital «nacional» los más afectados por la «crisis», o reajuste provocado por el desarrollo de la internacionalización del capital y el nuevo patrón de acumulaciones en la actual DIT.

En otras palabras, el conjunto de contradicciones propias de la acumulación capitalista —cuando ésta ad-

quiere una dimensión mundializada—, se refleja, entre otros aspectos, a través de los antagonismos entre sectores transnacionales y nacionales del ciclo de reproducción ampliada del capital.

Y como también se sabe, con la crisis resurgen de nuevo las posiciones nacionalistas conservadoras, a las que corresponden —en el caso de la economía y sociedad norteamericana— los exitosos alegatos del «nuevo nacionalismo USA» y la «América fuerte» de Ronald Reagan.

La URSS, por su lado, tiene asegurados sobradamente los recursos y materias básicas para el abastecimiento energético. Y es en este sentido en el que «compite» efectivamente en el terreno económico con los USA, hasta el punto de que los intentos del actual Gobierno norteamericano de lograr que los países europeos de la OTAN y de la CEE (actuales y futuros) secunden un boicot a la Unión Soviética ante los hechos de Afganistán o Polonia, no encuentran el eco necesario, entre otras razones, por la considerable dependencia energética de la planta productiva industrial europea, que debe recurrir al necesario abastecimiento del gas siberiano.

En semejante coyuntura de enfrentamientos y contradicciones económicas, que remiten —como vemos— tanto al comercio mundial como al aseguramiento de la base técnico-energética de los procesos industrialistas, no cabe duda que la escalada del rearme mili-

EL REARME NUCLEAR

tar y nuclear, así como la abusiva contaminación desde las esferas oficiales del miedo y medidas del terror que toma como coartada el antiterrorismo, están llamados a desempeñar (como lo vienen haciendo ya) un papel que no solamente es militar.

Se trata, por parte de los USA, de conducir a la economía comunitaria europea a incrementar sus presupuestos militares, y determinar así ampliamente el contenido de sus compromisos financieros, como un medio de debilitar su poderío económico en beneficio de la industria norteamericana.

Y se trata con ello también, de socavar el poder económico de la URSS, obligándola a desviar inversiones hacia esta escalada armamentista respecto a las necesidades que, según anoté más arriba, se precisan en este caso para atender a los requerimientos de la renovación del capital fijo más rezagado y anticuado.

USA sabe que las inversiones en armamento le permitirán precisamente relanzar luego esa renovación citada del capital fijo. Y la opción nuclear está ahí preparándose al quite.

Para la URSS sin embargo, el desvío de inversiones productivas necesarias, para atender a los fines del rearme resulta extremadamente costoso, agudizándose además —como vemos—, en ese absurdo aceptación del reto por un equilibrio de terrores que comparte ampliamente la URSS, tanto el deterioro de su ya precaria imagen del «socialismo real», como las propias condiciones de vida de las clases populares y trabajadoras en esos países de la Europa del Este y en la propia URSS. (Al fin y al cabo el incremento de la inversión se acaba haciendo a costa del deterioro de las condiciones del consumo interno de dichas clases).

Es así como la estrategia militar y la escalada armamentista tratan de reconducir la situación en aras de una recuperación de la hegemonía USA en el orden económico, político e ideológico internacional. Y todo ello en unos momentos donde además los nuevos adelantos en armamentos, como por ejemplo, los misiles MX norteamericanos, cuestionan ampliamente el esquema clásico del equilibrio de terrores tal y como se ha venido formulando en la llamada «teoría de la disuasión». En otras palabras, hoy ni siquiera existe la «garantía» de que la disuasión del terror nos libre del propio terror.

Este armamentismo que acompaña



Misil SS 20 soviético.

pues a este orden miserable, en el que se dan cita además el paro y la marginación crecientes, la inflación extensiva, el subdesarrollo y el hambre que asolan a la inmensa mayoría de la humanidad, ha convertido el planeta en un verdadero polvorín del que dan cuenta algunos datos de la UNESCO y del Instituto Internacional de Investigaciones sobre la Paz, de Oslo:

1) los gastos militares en el mundo alcanzan hoy la increíble cifra de un millón de dólares por minuto;

II) y en la superficie terrestre, en este mismo instante, hay instaladas 60.000 armas nucleares, lo que repartido entre la población mundial —niños incluidos—, equivale a cuatro toneladas de explosivos per cápita.

Todo esto responde desde luego al «orden» actual; un orden militar y

científico donde más de medio millón de ingenieros e investigadores se dedican a trabajar para la industria militar, perfeccionando técnicas de exterminación. Y donde, en los momentos actuales, el presupuesto anual para fines bélicos alcanza ya los 500.000 millones de dólares, lo que representa casi el 40 por ciento de la producción mundial anual de todos los bienes y servicios.

Existe pues, como dice Marek Thee, director del citado Instituto Internacional de Investigaciones sobre la Paz, una situación vigente tanto en el Oeste como en el Este, donde una cuádruple alianza (militares, investigadores y científicos, fabricantes e industriales de armamento, gobiernos) alienta férreamente su poder hegemónico, transformando radicalmente las propias circunstancias de la guerra. En

efecto, mientras que en el pasado las armas se convertían en una prolongación sangrienta de la diplomacia y de la política, hoy se corre el riesgo de que la propia carrera de armamentos haga surgir la guerra no como consecuencia de otra cosa que de la simple aceleración de armas nuevas. La inestabilidad se ha hecho pues, absoluta.

A las circunstancias de la extrema concentración y polarización del poder económico, alcanzada con la transnacionalización del capital, corresponde sin duda, esta concentración y centralización del poder político y militar. Y, por lo demás, sin aludir aquí al hecho de que la industria armamentista constituye en sí uno de los sectores de mayor rentabilidad económica en términos de realización de garantías en el sistema de acumulación de capital.

Se ha llegado así, en la perfecta lógica del desarrollo del «libre juego de las fuerzas del mercado capitalista», y con la colaboración del «socialismo real», a la más extrema irracionalidad humana.

La lucha antiarmamentista se convierte así en una existencia y en una crítica a la naturaleza opresora y suicida del proceso de la acumulación mundial del capital, en la que, no debe olvidarse, se entrecruzan plenamente tanto el hegemonismo USA como el impresentable modelo del «socialismo real» que comanda la nomenklatura soviética desde su envejecida cúpula.

Solamente el decidido neutralismo o el no-alineamiento resultan ser hoy posiciones defendibles, en la perspectiva de una auténtica y necesaria distensión, a la que se acompañe la efectiva lucha y exigencia por otro orden económico internacional, basado en relaciones solidarias en el mundo.

Recogiendo así la más viva tradición radical antimilitarista y pacifista de las distintas corrientes emancipatorias de la humanidad (socialista, comunista, anarquista, humanista...), debe propugnarse pues el desarme unilateral y total en el mundo, con el fin de dedicar estos recursos que hoy se destinan a la industria de armamentos, a la atención del problema del hambre y de los proyectos de desarrollo económico y social para el mundo subdesarrollado.

Y no parece existir otra alternativa que la de profundizar en lo posible esta lucha y esta resistencia. Porque, como nos ha recordado Edward P. Thompson, la teoría de la disuasión basada en el equilibrio de terrores, sólo podrá comprobarse una sola vez.

Por eso la resistencia debe preceder a la declaración de guerra: solo diez segundos después ya será demasiado tarde para todo. ■ F.A.

Gran Bretaña

LOS MAYORES ESPECTACULOS DEL MUNDO Y OTRAS VARIEDADES

EMILIO LOPEZ MENDENZ

TRES-millones-setenta-mil-seiscientos-veintiuno. Simplemente un número; el subtítulo: las cifras oficiales de paro que recientemente hizo públicas el Gobierno de Margaret Thatcher.

A uno, que siempre se le han atragantado las matemáticas, lo que le preocupa es: en personas, qué significa esa cifra. Pero no. El mes de enero ha sido el mes del baile de los números: los porcentajes danzaron con las estadísticas y

Tres millones de parados hay ya en el Reino Unido y la señora Thatcher, la encorsetada dama de hierro, decía recientemente ante la Cámara de los Comunes: «Poco a poco nuestra economía se va recuperando.»

